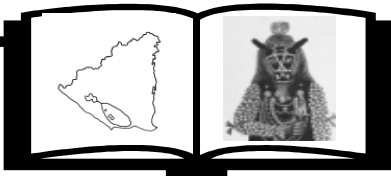
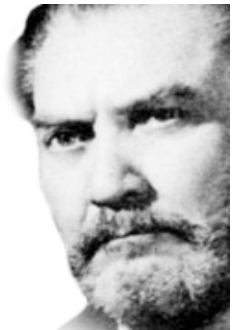




Rubén Darío



Sección Literaria



Salomón de la Selva

"Quiero tener una buena posición social"

Por: Valentín de Pedro

Su triunfo fue clamoroso. Cuando se acallaron los aplausos, el doctor Zaldívar le invitó a pasar al palco presidencial, y volvió a mostrarse generoso con él, entregándole quinientos pesos fuertes de plata. Con ellos, Rubén haría de nuevo su entrada en el mundo. Porque hay que decir que, a raíz de haber caído en desgracia con el Presidente, se vio obligado a abandonar el hotel, viviendo recluido en un colegio, donde oficialmente daba clases de gramática, y por cuenta propia sesiones de hipnotismo -a lo que por entonces se había aficionado- y de declamación. Su triunfo en aquel concurso le había abierto las puertas del colegio, que en cierto modo era su cárcel. Terminada aquella velada, para él consagratoria, y tras disfrutar del halago de las felicitaciones y el convite oficial, se dirigió al hotel donde se hospedó los primeros días de su llegada. Fue acogido como un triunfador. ¿Qué se le ofrecía? Allí todos estaban para servirle. Ordenó que preparasen una mesa para cinco comensales ¿Bebidas? Champana. Champaña en abundancia para él y sus cuatro invitados. Todo estuvo preparado al instante, y Rubén pasó al comedor, que iluminaron profusamente, como para una fiesta. ¿Y los invitados? Pudieron creer que llegaban tras él, pero nadie aparecía. Y la sorpresa del dueño del hotel, y de los camareros, subió de pronto al ver al poeta dirigirse a la mesa y tomar asiento en ella y comportarse como anfitrión que atiende a unos invisibles invitados, designándoles su sitio y dirigiéndose a las sillas vacías como si efectivamente estuviesen ocupadas. Y ordenó que se llenaran las cinco copas y que los camareros comenzaran a servir. Pero... ¿Qué?... ¿Qué sabían ellos de aquellos seres gloriosos que le acompañaban? Habían de servir a sus comensales con todos los honores y todos los respetos, pues jamás aquel hotel, ni hotel alguno del mundo, se vio honrado con visitantes tan egregios... Los camareros consultarían

con el dueño, que ante la decisión terminante del poeta, dispuesto a que se le obedeciera, ya que para eso disponía del dinero suficiente para agasajar cumplidamente a sus invitados, convino con sus empleados en seguir el humor del poeta, que ya había dado muestras de estar algo loco en los días que paró allí, y que ahora debía haber perdido el juicio por completo.

Todo se hizo a gusto del poeta. Los camareros servían a él y a sus invisibles invitados, si bien los platos de estos eran retirados cuando Rubén había dado cuenta del suyo. Y en cuanto a la bebida, a cada plato que se servía, las copas de champaña eran llenadas de nuevo, y tras beber la suya, el poeta bebía la de los demás. De vez en cuando Rubén se dirigía a sus supuestos compañeros de mesa. El dueño del hotel, antiguo barítono, ganado por la teatralidad de aquella escena, la seguía sin perder detalle ni palabra, y así llegó a saber que los invitados del poeta eran Homero, Píndaro, Virgilio y Cervantes.

No podía faltar Cervantes. Llevaba él a Don Quijote en sus venas. Pero le faltaba estar loco; o mejor dicho, para que se evidenciara su locura, necesitaba beber. Era como si el champaña sacase a flote su locura. Y su locura descubría esta vez lo más íntimo de su ser, ponía de manifiesto su ansia por escalar las más altas cumbres literarias, por llegar hasta aquellos que gozaban de eterno nombre y fama.

El escenario en el cual recitó su oda "Al Libertador Bolívar" fue como el trampolín que lo lanzó al espacio, remontándose en alas de los aplausos. Y bebía para acabar de perder de vista el mundo de gentes sobre el cual se elevaba, para remontarse cada vez más alto. Se materializaba así su anhelo, que expresaría en estos versos:

Yo ansío la corona que la Fama brinda a los sacerdotes de lo bello, y corro en busca del divino lauro, verde siempre al fulgor apolíneo. En su loco afanar la mente mía alza a la altura el atrevido vuelo y se embebe en la luz de lo infinito

al admirar a los pasados genios.

Bebía el poeta para alimentar su locura, porque como Poe decía de sí mismo, no había que atribuir su locura a la bebida, sino má bien la bebida a su locura. Y en su locura, podía el poeta creer que aquel hotel era el Olimpo, que con él se hallaban sentados a la mesa Homero, Píndaro, Virgilio y Cervantes, y que bebía con ellos el néctar destinado a los dioses, ni más ni menos que Don Quijote veía en la venta del camino un castillo famoso, en las rameras damas y en el ventero el castellano del castillo.

Para mantener su locura seguía bebiendo, en el afán de prolongar eternamente aquella embriaguez que tenía algo de divina, pero su prolongación llevaba a aniquilamiento, a la muerte. Y sólo cuando se sintió morir, cuando perdió el sentido, terminó aquel fantástico convite en que un poeta recién nacido a la gloria hacía de anfitrión de las glorias más altas de las letras.

Después... Vienen a cuento estas palabras suyas: "A qué se produce en mi memoria una bruma que me impide todo recuerdo. Sólo sé que perdí el apoyo gubernamental..." Y es que la locura de la embriaguez o la embriaguez de la locura, tiene como contrapartida los males que acarrea a quien la disfruta o a quien la padece. Males físicos y morales. Perdió el apoyo gubernamental. Anduvo a la diablo con sus amigos bohemios... Y esto, además:

"Un día -cuenta-, en momentos en que estaba pasando horas tristes, sin apoyo de ninguna clase, viviendo a veces en casa de amigos y sufriendo lo indecible, me sentí mal en la calle. En la ciudad había una epidemia terrible de viruela. Yo creí que lo que me pasaba sería un maldestar causado por el desvelo, pero resultó que desgraciadamente era el terrible morbo. Me condujeron a un hospital con el comienzo de la fiebre. Pero en el hospital protestaron, puesto que no era aquello un lazareto; y entonces unos amigos entre los cuales recuerdo el nombre de Alejandro Salinas, que fue el más

eficaz, me llevaron a una población cercana, de clima más benigno, que se llamaba Santa Tecla. Allí se me aisló en una habitación especial y fui atendido, verdaderamente, como si hubiese sido un miembro de su familia, por unas señoritas de apellido Cáceres Buitrago. Me cuidaron, como he dicho, con cariño y solicitud, y sin temor al contagio de la peste espantosa. Yo perdí el conocimiento, viví algún tiempo en el delirio de la fiebre, sufrí todo lo cruento de los dolores y de las molestias de la enfermedad; pero fui tan bien servido, que no quedaron en mí, una vez que se había triunfado el mal, las feas cicatrices que señalan el paso de la viruela".

Fue tanta la gravedad de su estado que llegó a dársele por muerto, como lo prueba esta noticia publicada por El Mercado, de Managua, en su número del 16 de septiembre de 1883:

"A las Musas Centro-Americanas damos nuestra expresión de dolor; por la pérdida sufrida con la muerte del niño Poeta, el joven Rubén Darío, natural de León, acaecida en El Salvador; a causa de penosísima enfermedad (alfombrilla). Contaba apenas 19 años de edad".

Por suerte la noticia era tan verdad como que el poeta contaba 19 años, pues sólo había cumplido 16. La República, de San Salvador, fue la encargada de desmentirla con estas líneas: "Nosotros vimos a Darío en los días en que El Mercado daba esa funesta noticia, y sabemos que hoy se encuentra bueno y sano, a Dios gracias, en León de Nicaragua, para donde partió hace poco".

Entre sus últimas impresiones de San Salvador, no hemos de pasar por alto una aventura amorosa, aventurilla más bien, que contribuyó sin duda a devolverle la alegría de vivir.

"Me enamoré -dice- ligera y líricamente de una muchacha que se llamaba Refugio, a la cual escribí, en cierta ocasión, esta inefable cuarteta, que tuvo desde luego alguna romántica recompensa:

Las que se llaman Fidelias
deben tener mucha fe;
tú, que te llamas Refugio,
Refugio, refugiamé.

"Era una chica de catorce años, tímida y sonriente, gordita y sonrosada como una fruta. El caso fue simplemente poético y sin trascendencias. Poco tiempo después volví a mi tierra".

Rubén debió llegar a León en los últimos días de septiembre, pues el 2 de octubre aparecía en La Voz de Occidente, nuevo periódico de aquella ciudad, un artículo suyo titulado: "La Diplomacia", en el que habla de ésta con elogio, y destaca la importancia de su función. ¿Es que por un momento se sintió inclinado a hacerse diplomático? ¿Presentaría que fatalmente habría de caer en ello?...